

**DESIGUALDAD: PASADO, PRESENTE Y FUTURO. ALGUNOS  
COMENTARIOS SOBRE “EL CAPITAL EN EL SIGLO XXI” DE  
THOMAS PIKETTY**

**Inequality: past, present and future. Some comments on "The capital in  
the twenty-first century" of Thomas Piketty**

**Reseña de: PIKETTY, Thomas, *El capital en el siglo XXI*, Buenos Aires, Fondo  
de Cultura Económica, 2014, 664 pp.**

Joaquín Perren\*

El mundo está viviendo tiempos de cambio. De eso no hay duda alguna. Solo hace falta echar un vistazo a la portada de los diarios más importantes del planeta para darnos cuenta de que el modo en que la economía global ha funcionado en los últimos cuarenta años está siendo sometido a una severa crítica. La victoria de *Zyrisa* en Grecia, el crecimiento de *Podemos* en España y el nacimiento de *Occupy Wall Street* en los Estados Unidos son algunos de los síntomas de un profundo cambio de época. De todas las consignas pronunciadas por estos movimientos existe una que se distingue del resto: el lamento frente a una sociedad que se ha vuelto mucho más desigual que antaño. Esta constatación, evidente a simple vista, es la causa que permite entender por qué el problema de la distribución ha vuelto a aparecer en el radar de las ciencias sociales. Es en este contexto que debemos ubicar la aparición de la provocadora obra de Thomas Piketty. *El capital en el siglo XXI*, a lo largo de sus dieciséis capítulos, trata de responder dos interrogantes, muy fáciles de formular, pero cuya respuesta es hartó compleja: ¿Cuál fue la

---

\* CEHIR-ISHIR-CONICET/Universidad Nacional del Comahue.

evolución de las asimetrías en materia de ingresos y de riqueza en los últimos doscientos años? ¿Qué lecciones pueden extraerse con la mirada puesta en el presente siglo?

El primer capítulo de la obra está dedicado al estudio de las transformaciones que experimentó la distribución mundial de la producción y del ingreso desde la Revolución Industrial. Valiéndose de fuentes secundarias, especialmente de los pioneros trabajos de Maddison, Piketty llega a una conclusión que coincide con la de un mundo contemporáneo policéntrico: la hegemonía que, durante buena parte del siglo XX, el “norte global” ostentó en materia de producción e ingreso, comenzó a desdibujarse y se da inicio a un período de convergencia. Entre 1900 y 1980, Europa y Norteamérica concentraban dos terceras partes de los bienes y servicios producidos en el planeta. A comienzos del presente siglo y, gracias al despertar de la economía china, esa proporción había disminuido hasta un del 50% y, si este comportamiento continúa, es probable que la participación de los países desarrollados alcance, en algún momento del siglo XXI, un nivel del orden del 20%. Esta proporción es la que el bloque nor-atlántico poseía hacia comienzos del siglo XIX, justo cuando comenzaba a producirse el *take off* industrial. Las implicancias de este descubrimiento no dejan de ser interesantes, siempre que sean ubicadas en una perspectiva de largo plazo: los dos últimos siglos fueron un paréntesis de divergencia dentro de una historia de relativo equilibrio geográfico del poder económico.

El segundo capítulo, último de la primera parte del libro, pone en el centro de la atención el crecimiento, tanto en su faceta demográfica como en la propiamente económica. Sobre el primero de los componentes, Piketty realiza una minuciosa descripción del comportamiento de la población mundial en los últimos dos mil años. Hasta el siglo XVIII, sostiene el autor, el predominio de un régimen demográfico de antiguo régimen, con altas natalidades y altas mortalidades, se tradujo en un crecimiento apenas positivo. A partir de 1700, la población creció a un ritmo acelerado, especialmente en el caso de Europa y en el conjunto de América; tendencia que se revirtió a lo largo del siglo XX como resultado de la transición demográfica: “*ya no bastó con la incesante prolongación de la esperanza de vida para compensar la caída de la natalidad, y el ritmo de crecimiento de la población volvió lentamente a niveles bajos*” (p. 94). En lo relativo al componente económico del

crecimiento, el autor calcula una tasa de crecimiento del producto bruto *per cápita* de cerca del 1% para el período comprendido entre 1700 y 2012, con tasas altas durante el siglo XIX y una tendencia a la baja en los últimos treinta años. Lejos de ser inocua, esta economía mundial a fuego lento que sería el rasgo definitorio del presente siglo, tendría fuertes repercusiones en la estructura de la desigualdad: el crecimiento, desde la óptica de Piketty, tiende “*a desempeñar un papel igualador, puesto que disminuye la importancia de la riqueza originada en el pasado y, por consiguiente, de las herencias; de cierta manera, cada generación debe construirse a sí misma*” (p. 100).

Analizar la evolución del acervo de capital es el propósito del capítulo tres , primero de la segunda parte del libro. Tomando como referencia los casos francés y británico, ideales por la abundancia y homogeneidad de sus fuentes, el autor advierte que el tamaño de los activos financieros e inmobiliarios, medidos como porcentaje del ingreso nacional, dibujó, en los últimos dos siglos, una curva en forma de “U”. Durante el siglo XIX, el valor del capital nacional se situó en torno al 600% del ingreso nacional, mostrando un comportamiento extraordinariamente estable en el tiempo. Luego, con los efectos de la guerra de los treinta años del siglo XX, como Hobsbawm definió al período 1914-1945, la relación capital/ingreso se derrumbó como un castillo de naipes: hacia mediados del siglo pasado, el capital francés y británico equivalía a dos o tres años del ingreso nacional. Pasado ese momento de zozobra, al calor de la reconstrucción, el cociente en cuestión no paró de crecer y, en la actualidad, llega a niveles no muy diferentes a los de la *Belle Époque* (entre 500 y 600%). Este retorno a los estándares previos a la “gran guerra”, dice Piketty, no debería oscurecer una auténtica metamorfosis en la composición del capital: las tierras agrícolas fueron reemplazadas por el “*capital inmobiliario y por el capital profesional y financiero invertido en las empresas y los organismos gubernamentales*” (p. 134).

Piketty, en el cuarto capítulo de su obra, amplía el radio geográfico de su indagación. Echa mano de evidencia incompleta y fragmentaria, el autor posa su mirada en Alemania, un país de tardía unificación política que experimentó, en el último cuarto del siglo XIX, una apresurada industrialización. Aunque distingue algunas semejanzas con los casos francés y británico, especialmente en la evolución del tamaño del capital en relación con el

ingreso, el académico galo señala aspectos divergentes en lo vinculado a los rubros que dieron vida a la economía germana en su etapa de despegue. Al igual que Francia, Alemania poseía, a principios del siglo XX, una enorme cantidad de capitales que asumieron la forma de tierras agrícolas, pero, a diferencia del Hexágono, la proporción de capital industrial era mucho más relevante en tierras germana, aspecto que ya Lenin había destacado en su “Imperialismo. Fase superior del capitalismo”. Al mismo tiempo, en función de incorporación tardía en la carrera imperialista, el peso de los capitales invertidos en el extranjero fue, en caso alemán, mucho menos importante que en la economía francesa o británica. La última diferencia marcada por Piketty, en particular con respecto a Gran Bretaña, lo conduce a los treinta años dorados del capitalismo occidental: en aquella época, signada por la Guerra Fría, la economía alemana tuvo al Estado como actor clave de la economía, al punto de poseer entre un cuarto y un tercio del capital nacional.

Con una idea clara de lo sucedido en Alemania, Piketty cruza el Atlántico para realizar un examen de la economía norteamericana. En el “nuevo mundo”, dice el autor con total claridad, “*el capital cuenta menos que en el viejo mundo, a saber, la vieja Europa*” (p. 167). Esto es particularmente válido para el caso de los Estados Unidos en la etapa posterior a la declaración de su independencia (1776), en la que el capital acumulado representaba apenas un 300% del ingreso. A lo largo del siglo XIX, conforme la economía estadounidense se industrializó y su estructura empresaria tomó una senda corporativa, el cociente capital/ingreso trepó a un 500%, cifra elevada, pero, aún muy alejada de los parámetros europeos. Los choques propios de la “era de los extremos” afectaron a los Estados Unidos mucho menos que al viejo continente: su territorio no fue azotado por las guerras mundiales y, terminada la etapa más conflictiva del siglo, el país del norte logró imponer su *pax* americana. Esto no significa que Norteamérica, incluyendo Canadá, haya pasado indemne por el convulsionado período entreguerras y, menos aún, que no haya sentido el golpe asestado por el *crack* bursátil de 1929. Lo que demuestra Piketty es que la curva en “U” tuvo una amplitud claramente menos marcada en los Estados Unidos que en Europa, llegando al punto de postular una “*cuasi-estabilidad desde principios del siglo XX*” (p. 171).

En su quinto capítulo, *El capital el siglo XXI* deja de lado las descripciones y adquiere un tenor explicativo. Para entender las tendencias que han atravesado la economía mundial en los dos últimos siglos, Piketty formula una de sus leyes fundamentales del capitalismo: aquella que vincula la relación capital/ingreso ( $\beta$ ) con la tasa de ahorro ( $s$ ) y con la tasa de crecimiento ( $g$ ). Con la fórmula  $\beta=s/g$ , el afamado economista francés descubre algo que tiene enormes implicancias a futuro: un país que ahorra mucho y crece lentamente acumula a largo plazo un enorme acervo de capital, lo que, como es de imaginar, tiene consecuencias en la estructura social y en la distribución de la riqueza. Dicho más claro, en una sociedad prácticamente estancada, como pareciera ser la que va a dominar la escena mundial en el siglo XXI, “*las riquezas acumuladas en el pasado adquieren inevitablemente una importancia desmedida*” (p. 184). Así pues, el retorno a una relación entre capital e ingreso semejante a la de comienzos del siglo XX se explicaría, ante todo, por el regreso a un régimen de bajo crecimiento. A este factor estructural, el autor agrega dos elementos que podrían ser ubicados en el casillero de lo coyuntural y que ayudan a comprender el virulento “regreso del capital” propio de la etapa posterior a 1970: por un lado, la oleada de privatización auspiciada por las *think tanks* neoliberales, que produjo una fabulosa transferencia de la riqueza desde el Estado a los particulares; mientras que, por otro, el fenómeno de recuperación de los precios de los activos inmobiliarios y bursátiles luego de la “revolución conservadora” de Thatcher y Reagan.

Para comprender en toda su dimensión este auténtico “retorno del capital”, Piketty analiza, en el sexto capítulo de su libro, el reparto del ingreso nacional entre empresarios y trabajadores. Con ese objetivo en mente, el autor formula otra de sus leyes fundamentales del capitalismo; una que relaciona el porcentaje de los ingresos correspondientes al capital ( $\alpha$ ), la tasa promedio de rendimiento del capital ( $r$ ) y el cociente entre capital e ingreso ( $\beta$ ). La conexión entre este conjunto de variables se expresa en la fórmula  $\alpha=r*\beta$ . Si, por ejemplo, el valor del acervo de capital es igual a seis años de ingreso nacional y si la tasa de rendimiento del capital es del orden del 5% anual, entonces la tajada del ingreso apropiada por los capitalistas sería del 30% (y la de los trabajadores estaría en torno al 70%). La aplicación de esta ecuación a los casos de Francia y Gran Bretaña permite a Piketty

descubrir que la evolución de la participación del capital en el ingreso ( $\alpha$ ) trazó, a lo largo de los últimos doscientos años, una curva en forma de “U”, pero, mucho menos marcada que la dibujada por la relación capital e ingreso ( $\beta$ ); algo explicable a partir de las variaciones de la tasa de rendimiento del capital en este período. Esta última, en palabras del economista francés, habría sido muy alta hacia mediados del siglo XX, cuando el período de guerra contrajo el *stock* de capital, aunque no lo suficiente para convertir la curva de la participación del capital en el ingreso en una “U” invertida. El razonamiento de Piketty, entonces, podría resumirse en una afirmación en la que resuenan los ecos del pensamiento económico de Marx: es natural esperar que la productividad marginal del capital disminuya a medida que el acervo de capital aumenta o, dicho descarnadamente, “*demasiado capital, mata al rendimiento de capital*” (p. 237).

El capítulo séptimo, primero de la tercera parte del libro, introduce la problemática de la desigualdad. El escrutinio de distinto tipo de fuentes permite a Piketty aislar una primera regularidad en materia de distribución del ingreso: las desigualdades entre los trabajadores han sido históricamente menos relevantes que las existentes entre los capitalistas. En los países más igualitarios, como los escandinavos en las décadas de 1970 y 1980, el 10% de los asalariados mejor remunerados recibía alrededor de un quinto de la masa de los salarios y el 50% peor pago se hacía de poco más de un tercio de la misma. Por el contrario, en los países más desiguales, como Estados Unidos en la actualidad, el decil superior alcanzaba el 35% del total y la mitad inferior recibía solo un 25%. Este rango de situaciones se vuelve extremo si se mide la distribución del capital. En los países nórdicos, para el mismo período señalado, el 10% de los patrimonios representaba la mitad de la riqueza nacional; mientras que, en el grueso de los países de la Europa occidental, esa proporción trepaba al 60%. Lo interesante de las desigualdades ligadas al capital, y allí radica la segunda regularidad, es que -independientemente de la fecha y el país- la mitad más pobre de la población no posee casi nada. Junto a estas continuidades, que parecieran navegar en las aguas de la larga duración, Piketty señala una ruptura que ha sido la nota dominante del siglo XX: el desarrollo de una verdadera “clase media patrimonial”, dueña de propiedades inmobiliarias y activos financieros.

El octavo capítulo del libro, “**Los dos mundos**”, analiza en clave histórica la estructura de las desigualdades. Tomando en consideración el caso francés, base de sus estudios previos en la materia, Piketty descubre que las diferencias de ingreso fueron objeto de un proceso de comprensión luego de la *Belle Époque*: la participación del decil superior pasó de un 45-50% del ingreso nacional en la previa a la “Gran Guerra” a menos de 35% en la actualidad. Este proceso, en palabras del académico galo, no se explica por variaciones en los salarios que, por lo general, fueron bastante estables en el tiempo, sino al derrumbe de los altos ingresos del capital. Para dar cuenta de la caída en desgracia del percentil superior, compuesto mayoritariamente por rentistas, Piketty echa mano de una batería de factores: la destrucción vinculada con los dos conflictos mundiales, las quiebras resultado de la crisis de los treinta y, especialmente, las políticas públicas implementadas en la segunda postguerra (congelación de rentas, nacionalizaciones e eutanasia por inflación de quienes detentaban bonos de la deuda pública). Pero, el ocaso de esa sociedad de rentistas inmortalizada en *El pobre Goriot* de Balzac no debería confundirse con el advenimiento de una sociedad igualitaria. Nada más lejos de la realidad. Asistimos, en todo caso, a una transformación que alcanzó su paroxismo en los Estados Unidos de fines del siglo XX y principios del XXI: los dueños de enormes patrimonios fueron reemplazados por una casta de super-ejecutivos que, por dirigir los destinos de grandes empresas, embolsan salarios varias veces millonarios.

En el capítulo noveno de su libro, Piketty explora las posibles razones que explican la virtual explosión de las desigualdades salariales en los Estados Unidos. Tomando prudente distancia de las respuestas fáciles, el renombrado académico francés resta importancia a aquella teoría que justifica los salarios elevados en función de la productividad marginal de los super-ejecutivos. Si para tareas duplicables es posible, no sin dificultades, calcular el valor agregado por un nuevo trabajador, en el caso de tareas únicas, como son las desempeñadas por un CEO, el margen de error se multiplica sin remedio, haciendo de este tipo de interpretaciones “*una simple construcción ideológica que permite justificar un estatus más elevado*” (p. 364). De ahí que, desde la óptica de Piketty, los ingresos de los super-ejecutivos contengan una elevada dosis de arbitrariedad, en la medida

en que “*las personas que se encuentran en situación de fijar su propio salario naturalmente tienden a tener la manga un poco ancha*” (p. 365). El problema, entonces, no radica en la astronómica subida de los salarios gerenciales, sino que las asimetrías obtenidas hayan resultado tolerables para el resto de la sociedad. Alrededor de este punto, el académico galo ensaya una interpretación a todas luces sugestiva: la “revolución conservadora”, que hizo de la tolerancia frente a las desigualdades uno de sus pilares, fue causada por un sentimiento de “haber sido alcanzado” que embargó a los Estados Unidos debido al mayor crecimiento relativo de Europa y Japón en los “años dorados”; fenómeno que, como el propio Piketty aclara, fue más resultado de la reconstrucción que de un incremento diferencial de la productividad.

*El capital en el siglo XXI*, en su capítulo décimo, procura desentrañar las causas profundas que estuvieron detrás de la hiper-concentración patrimonial del siglo XIX, el achatamiento de las desigualdades tras la “guerra de los treinta años del siglo XX” y el hecho que la concentración de la riqueza no haya alcanzado las cotas del pasado. Sobre el primero de los procesos, Piketty saca a relucir uno de sus argumentos más sofisticados, que atraviesa la obra de forma oblicua: aquel que explica la concentración patrimonial del siglo XIX, pero también, la que podría caracterizar al siglo XXI, a partir de la existencia de una tasa de rendimiento del capital clara y duraderamente superior a la tasa de crecimiento ( $g < r$ ). Si, por ejemplo, una economía crece al 1% y la tasa de rendimiento del capital ronda el 5%, ambos parámetros observables a lo largo del siglo XIX, basta con ahorrar una quinta parte de los ingresos del capital para que el patrimonio heredado de la generación anterior crezca al mismo ritmo que el PBI. Si se ahorra más, básicamente porque con una fracción de los ingresos es suficiente para llevar un tren de vida adecuado, el patrimonio se incrementará más rápido que el promedio de la economía y las desigualdades patrimoniales tenderán a ampliarse. Estas mismas variables permiten entender el achicamiento de estas últimas durante el siglo XX: al calor de la destrucción de las guerras, la imposición de todo tipo de impuestos al capital y la extraordinaria expansión económica de los “años dorados”, por primera vez en la historia, el rendimiento del capital se ubicó por debajo del



crecimiento económico ( $g > r$ ), dando curso a un inédito y verdaderamente profundo proceso de desconcentración de la riqueza.

Comprender por qué la concentración de la riqueza no recuperó los niveles decimonónicos obliga a Piketty a elaborar una explicación tripartita. En primer lugar, da importancia a la variable temporal: los treinta años de neoliberalismo no fueron suficientes para alcanzar un nivel de concentración que, en el pasado, se produjo en el transcurso de numerosas generaciones. En segundo lugar, el autor sostiene que el sistema impositivo progresivo, nacido en el corazón del siglo XX, ha mostrado, en los últimas décadas, una robustez a prueba de políticas conservadoras y esto, como no podía ser de otra forma, ha retrasado -aunque no detenido- el proceso de concentración. En tercer lugar, Piketty afirma que el crecimiento económico, más allá de su aparente poca monta, se sitúa por encima del nivel observado durante la mayor parte de la historia, haciendo que las desigualdades no sean tan profundas como en el pasado. No obstante, no hay razones para que, de cara al siglo XXI, el horizonte sea optimista: el probable crecimiento demográfico negativo, que podría empujar el crecimiento económico hacia abajo, sumado a la creciente sofisticación de los mercados de capital, que podría elevar el rendimiento de este último, potenciaría la desigualdad entre  $r$  y  $g$ , acelerando el proceso de concentración de los patrimonios.

Para entender en toda su magnitud esta lógica acumulativa, Piketty, en el undécimo capítulo de su libro, se encarga de estudiar en detalle el papel que le cupo a la herencia y al ahorro en la formación del capital. La hipótesis formulada por el autor, que sobrevuela el conjunto de su obra, podría resumirse de la siguiente manera: en tanto se compruebe que  $r$  es mayor a  $g$ , resulta casi inevitable que *“la herencia, es decir, la riqueza resultante del pasado, predomine sobre el ahorro, esto es, sobre la riqueza creada en el presente”* (p. 415). Esa tendencia, tan propia del siglo XIX, que convertía a los capitalistas, tarde o temprano, en rentistas, se volvió, cien años después, en un lejano recuerdo del pasado: con las guerras, la riqueza promedio de los vivos fue superior a la de los muertos, dando rienda suelta a un proceso de rejuvenecimiento de las riquezas. Si bien la “era de los extremos” había afectado a todas las franjas etarias, las generaciones más jóvenes pudieron reponerse de los choques con mayor facilidad que las mayores. Sin embargo, y allí reside el problema,

esta realidad lejos estuvo de ser permanente. Pasado el período de reconstrucción, al son de un crecimiento económico de menor valía, se registró una aceleración del envejecimiento de los patrimonios y un retorno de la herencia. En resumidas cuentas, de no mediar mecanismos que funcionen en un sentido igualador, es probable que, al decir de Piketty, “*el pasado tienda a devorar el porvenir*” (p. 415).

El duodécimo capítulo de *El capital en el siglo XXI*, último de la tercera parte, se propone analizar la desigualdad en los rendimientos del capital. Para ello, Piketty se aleja de un postulado que ha funcionado como dogma al interior de la economía neoclásica: aquel que sostiene que, independientemente de su magnitud, el capital produce un mismo rendimiento promedio a quienes lo detentan. En su lugar, postula una interpretación que tiene al tamaño como variable independiente a la hora de explicar el beneficio capitalista. El relevamiento de múltiples fuentes, entre ellas el destino de los fondos de inversión de las universidades estadounidenses, permite al economista francés concluir que los patrimonios de mayor envergadura tienen más chances de obtener una rentabilidad más elevada, ya sea por su capacidad de contratar servicios de intermediación financiera que identifican las mejores inversiones o, simplemente, porque están en condiciones tomar riesgos que para un capital de menor tamaño serían prácticamente suicidas. Esta disimilitud de comportamiento, que produce una fenomenal divergencia en la distribución de los patrimonios, explica la multiplicación de las grandes riquezas en los últimos años: los 140 multimillonarios de 1987 se convirtieron en 1400 en 2013, con fortunas que crecieron mucho más rápido que el promedio de los patrimonios. La combinación, entonces, entre bajas tasas de crecimiento y diferenciales en materia de rendimientos del capital hacen que “*la participación en la propiedad del capital del planeta, por parte del percentil y del milésimo superiores de la jerarquía mundial de las fortunas, alcance niveles desconocidos*” (pp. 510-511).

En la cuarta parte del libro, Piketty cambia completamente su tónica argumentativa. Si, a lo largo de los doce primeros capítulos, analiza la evolución de las riquezas y la estructura de las desigualdades, en los últimos cuatro capítulos, el autor se dedica a extraer conclusiones para el porvenir. En esa búsqueda de “horizontes de posibilidad”, que sería

imposible reseñar de forma separada, el académico galo plantea la necesidad de dar curso a un Estado social que, sin perder de vista la eficiencia y sin aumentar en demasía el tamaño actual del aparato público, pueda hacerse fuerte en la provisión de servicios claves en la disminución de las desigualdades, especialmente de una educación superior menos restricta que en la actualidad. Esto último vale, sobre todo, para el caso de los Estados Unidos, país en el que, por las elevadísimas matrículas, “*el ingreso de los padres se ha vuelto un mecanismo de predicción casi perfecto del acceso a la universidad*” (p. 537). Para financiar esta remozada maquinaria oficial, Piketty propone una reforma de los impuestos progresivos sobre los ingresos, eliminando las exenciones y gravando de forma eficiente a quienes se alojan en la cúspide de la pirámide. Un esquema impositivo de esta naturaleza no sólo no afectaría el crecimiento, sino que “*permitiría, por el contrario, distribuir mejor y limitar de forma apreciable comportamientos económicamente inútiles (e incluso nocivos)*” (p. 571).

Pero para domar el capitalismo de cara al siglo XXI, no basta con relanzar el Estado de Bienestar o multiplicar los impuestos al ingreso. Aunque relevantes, estos mecanismos se mostrarían insuficientes de no ser acompañados de un nuevo instrumento, uno que se ajuste a un sistema económico que ha tomado una apariencia patrimonial y globalizada. Esa novedosa herramienta, en palabras de Piketty, no sería otra más que el impuesto mundial y progresivo sobre el capital. Implementar un tributo de esta naturaleza tendría como condición *sine qua non* extender la transmisión automática de información bancaria al ámbito mundial, promoviendo un sistema de sanciones para las instituciones financieras que se aferren al secreto bancario y para los países persistan en su deseo de actuar como paraísos fiscales. Algunas cifras provistas en el libro brindan pistas sobre el impacto de esta reforma impositiva: para el caso europeo, aplicando una tasa del 2% sobre la fracción de patrimonios superiores a cinco millones de euros, el impuesto en cuestión, reportaría, por sí solo, una suma cercana al 2% del PBI. Aun reconociendo sus dificultades técnicas y la necesidad de una cooperación internacional que hoy en día no existe, el autor considera que sería el único camino viable para, por un lado, “*evitar una espiral de desigualdad sin fin* y

*una divergencia sin límite de la desigualdad derivada de la riqueza”* y, por el otro, *“permitir una regulación eficaz de las crisis financieras y bancarias”* (p. 577).

A esta altura del comentario, pocas dudas caben de la importancia de la obra de Piketty en la comprensión del pasado, presente y futuro del capitalismo. Creemos que esa relevancia se debe a tres cuestiones que rara vez se conjugan en un libro surgido de las entrañas de la academia. La primera de ellas se vincula con el lente utilizado para explorar las desigualdades. Rehuyendo de las fronteras artificiales que suelen surcar a las ciencias sociales, Piketty apuesta por la sociedad entre economía, historia, sociología y antropología. De este cruce de miradas surge un enfoque que evita la tan habitual fragmentación del objeto de estudio y procura desentrañar los mecanismos profundos que reglan el funcionamiento social. Clara muestra de ello es la intención, por parte del autor, de aislar las dos leyes fundamentales del capitalismo ( $\alpha=r*\beta$  y  $\beta=s/g$ ), pero también, de señalar cual es, desde su mirada, su principal contradicción ( $r >g$ ). Un segundo punto alto de *El capital en el siglo XXI* nos traslada al campo de lo metodológico. El énfasis puesto en lo cuantitativo, vehiculizado a través de la afición del autor por lo que denomina “aritmética política”, no es obstáculo para la utilización de fuentes cualitativas que, además de tener potencia explicativa, amenizan el relato. Las constantes menciones a las obras de Balzac, tanto como las referencias a series televisivas de actualidad y a filmes clásicos (por ejemplo, *Mad Men*, *Dr. House* o *Titanic*), colaboran para que el libro pueda ser leído por un público más amplio del que podría esperarse en una obra de esta naturaleza. Por último, no podemos dejar de destacar el carácter provocativo del texto, su manifiesto deseo de acicatear la discusión política y su intención de posicionar el problema de la distribución de la riqueza al tope de la agenda pública. Más allá del limitado radio espacial de la pesquisa, algo atribuible a la escasez de fuentes documentales, o de arengar en todo momento por una versión “más humana” de la apertura económica y de la globalización, no puede dejar de reconocérsele un mérito que convierte a la obra en una lectura imprescindible para los tiempos en que nos toca vivir: afirmar que las desigualdades, que son grandes y tienden a ampliarse, no son la consecuencia de las imperfecciones de mercado, sino responden a mecanismos que están en el ADN del actual sistema económico. El tiempo dirá si

lograremos construir los mecanismos democráticos, transparentes y sustentables necesarios para evitar que el pasado se devore al porvenir.